

NOSTI, JAMES: *Agricultura de Guinea promesa para España*. Madrid, I. D. E. A. Un foll. de 90 págs., 12 pesetas.

El señor Nosti, conocido de los lectores de *Cuadernos*, ha escrito en este folleto una excelente obra, cuyas apariencias son las de divulgar cuanto se refiere a los problemas de la Agricultura colonial —es decir, de la Guinea española— en relación con sus posibilidades y con las necesidades de la Metrópoli. Y, en efecto, el tono sencillo y claro del relato lo hace comprensible a todos y facilita su lectura a los que se asustan ante las publicaciones demasiado técnicas. Pero el contenido no corresponde al concepto vulgar que supone ligada la divulgación a la superficialidad, y en todo caso aquella ajena a toda tesis o aportación propia. Precisamente el mayor mérito de la obra radica en la decisión y valentía con que el señor Nosti adopta una posición en las discusiones sobre el porvenir económico de la Colonia y las orientaciones que deben darse a su fomento o tono con ese porvenir.

La obra comprende tres partes: la primera es una introducción histórica y actual sobre el desarrollo de la colonización en Fernando Poo y el Continente, las características naturales de cada una, distribución de cultivos, intentos de asentamiento, recluta de braceros, etc. Interesantes son sus afirmaciones —revelaciones para muchos— sobre la disminución fatal del rendimiento de ciertos cultivos, necesidad de abono y limitación natural de los sistemas de explotación racionalizada y mecánica, que en otros escenarios más favorecidos pueden

aplicarse. La carestía de la producción y la imposibilidad de competición mundial son dos consecuencias de lo expuesto. En la segunda parte se expone la actual agricultura de explotación. El autor defiende a los agricultores europeos y considera poco responsables a los indígenas. Defiende al cacaoero y excusa al cafetero, mostrándose reservado sobre otros cultivos. Sin embargo, en la tercera parte augura un gran porvenir al de la palmera oleícola. Esta tercera parte se consagra a la futura agricultura; pero sus aspectos más interesantes son los dedicados a estudiar la política económica colonial. Defiende el intervencionismo, la unión económica entre metrópoli y colonia, la mejora del crédito, la mayor fiscalización de los cultivos indígenas, la planificación de las clases de cultivos por zonas y la previsión a largo plazo del fomento de la colonia. En cambio, no cree en los grandes cultivos —caña, caucho, textiles—, por la limitación fatal que impone la realidad, y previene contra el peligro de un *crack* de la economía colonial si no se la atiende debidamente.

El libro impresiona. Sus conclusiones pueden o no aceptarse, pero no cabe duda de que el señor Nosti no es uno de los técnicos que han pasado por la Colonia sin que la Colonia pase por ellos. Ni un improvisador o un defensor de intereses parciales. Es un técnico colonial, y no es poco.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

TOMÁS GARCÍA FIGUERAS: *Africa en la acción española*.—Ediciones de la Dirección de Marruecos y Colonias y del Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1947.

En la abundante e incesante producción bibliográfica africanista del actual Delegado de Educación y Cultura de Ma-

rruecos, don Tomás García Figueras, que cuenta con obras de gran empeño histórico y con monografías de interés

documental, el libro reciente *Africa en la acción española* tiene el carácter de una vulgarización. Reúne en ella fragmentos muy diversos de estudios sobre cuestiones muy diversas también (aunque todas relacionadas con la presencia de España al otro lado del Estrecho y las influencias llegadas paralelamente desde allí hasta la Península), y añade algunos trabajos semejantes a otros publicados por el mismo autor en revistas diversas. Para los especialistas en cuestiones arabistas, «marroquistas» o coloniales, que sigan con cuidado todas las investigaciones referentes a sus respectivas ramas de preocupación o técnica, no presenta, pues, este libro novedades que fijen la atención. Sin embargo, merece destacarse por dos razones. La primera, por el hecho de que a pesar de lo absorbente de la tarea directiva de toda la cultura hispanomarroquí a que está entregado García Figueras tenga tiempo de seguir su producción de libros a ritmo tan rápido. La segunda, porque las obras vulgarizadoras son muy necesarias en materias como estas de lo marroquí y lo colonial, que un prejuicio corriente cree temas siempre un poco misteriosos y reservados a una iniciación especial.

No hay eficacia posible en la labor que España realiza sobre las tierras de la orilla berberisca vecina si no se tienen en cuenta las verdades elementales. Empezando por lo de que Marruecos no es para España un accidente histórico ni un objeto ocasional, sino una parte integrante de la vida propia. La existencia de destinos comunes entre ambos países es una ley superior a la voluntad de los gobernantes y a las circunstancias eventuales de cada momento. El libro citado insiste en que olvidar esa verdad es perder la verdadera ruta. La afirmación corriente de que Europa termina en el Estrecho de Gibraltar, lo mismo que aquella famosa y discutida frase de que «Africa comienza en los Pirineos», son erróneas desde un punto de vista técnico,

pues el espacio comprendido entre los Pirineos y el Sahara es una zona especial de transición, como un puente que une a Europa con Africa sin ser completamente ninguna de las dos. Por eso puede decirse con bastante exactitud que si España vuelve la espalda a Europa, Marruecos vuelve también la espalda a Africa.

Alrededor de esos principios geográficos y políticos esenciales giran los diversos capítulos que a primera vista parecen inconexos y un poco desparramados, pero que, sumando temas resultan no haber dejado los necesarios entre otros que son trozos de monografías. Lo hispanoárabe antiguo a base de los cruces raciales, la elaboración de la cultura común en Córdoba y Toledo y la labor de la Escuela de arabistas. Lo peninsular, trasplantado al otro lado con mozárabes, moriscos, exploradores, viajeros, conquistadores, embajadores, misioneros y renegados. La presencia en Argelia moderna del Levanto español. Los españoles en el Sudán. Los andaluces en el Africa del Norte. La acción marina catalana y aragonesa. La amistad de España con el mundo árabe. El africanismo hispanoportugués. El cristianismo en Marruecos. El Islam en Andalucía. El Islam y Guinea. España y los sefarditas. La labor del Protectorado.

Como resumen difuso de todo esto queda la insistencia sobre el factor hispanomarroquí, definiendo la norma en dos puntos. Primero, cumplir una misión fraterna respecto a Marruecos para ponerlo en condiciones de recobrar su personalidad histórica. Segundo, cumplir juntamente con Marruecos el deber universal que se deriva de la situación geográfica común. Unidos ambos por la convicción de que el sistema de protección español es el único que tiene una orientación moral y jurídica justa.

R. C. B.

ADOLFO REYES: *Ideario en estampas*.—Ediciones de la Diputación Provincial. Málaga, 1947.

Del Sur y desde el corazón de las tierras que fueron la base del hispanoárabe *Al Andalus*, llega ahora un nuevo li-

bro original de Adolfo Reyes, cuya pluma se ha consagrado desde hace años a recoger y señalar supervivencias de aque-

La cultura de *Al Andalus* en lo español general moderno, y muy especialmente en lo regional de la zona andaluza. Siendo lo más original el hecho de no especializarse en los testimonios que pudieran llamarse «frios» o muertos o inertes (es decir, en los restos de edificios, monedas, manuscritos, objetos, etc.), ni tampoco en la glosa literaria de los motivos pintorescos, sino en una tercera dirección más viviente que es la influencia del modo o los modos de sentir y expresar el sentimiento, tanto en lo clásico del Siglo de Oro español, en que lo araboislámico local estaba aún presente en el subsuelo espiritual gracias a los moriscos visibles u ocultos, como entre el pueblo de hoy.

Por ejemplo, en lo español general cree Adolfo Reyes que el barroco del xvi en literatura, construcción y decoración no fué más que la línea rota y suelta del trazado geométrico árabe. Porque en uno y otro caso, los afanes de infinitud rechazaban lo anecdótico; porque el barroquismo como el arabesco se revolvió para dar espíritu a lo innoble, y por-

que en ambos el fondo era siempre cavernoso y resplandeciente, iluminado con oros y carmines. Hispanoarábigo también la glorificación de la honra calderoniana, ciertas tendencias a la rima y cantilena, el estilo de la copa y espada que viene de lo fronterizo, y sobre todo ese desdén de lo material que en el hispanocatólico como en el hispanoislámico empuja al asceta a soledades y al aventurero al descubrimiento, así como a las aportaciones universalistas al derecho.

Y en lo andaluz particular, que el libro *Ideario en estampas* presenta con máximo relieve, se ve a lo morisco (retraído a soledades su confusión con un falso gitanismo, retraído a lo inconsciente, o sublimado por la estilización) siendo aún lo que vivifica por dentro lo andaluz como manantial subterráneo. Demostrando así que el alma del Sur malagueño, cordobés, sevillano, murciano o granadino no es costumbrismo colorista, sino pasión latente por la que el impulso del desierto sobrevive bajo la apariencia falsamente pintoresca.

R. G. B.

ABELARDO DE UNZUETA YUSTE: *Historia Geográfica de la Isla de Fernando Poo*. I. D. E. A. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1948, 434 páginas.

Pertenece esta obra a uno de los tipos de producciones bibliográficas más caracterizados: las de acumulación de fuentes, mediante un primer ensayo de sistematización. Es obvia la utilidad de estos trabajos que suponen un meritorio esfuerzo, más ingrato que brillante, y que preparan el terreno para futuras investigaciones monográficas que desarrollen los distintos puntos abarcados en el trabajo preliminar.

El autor, con perseverante paciencia de investigador, presenta en los once capítulos de la obra algo más que lo que a primera vista parece deducirse de su título. Así el primer capítulo se refiere al conocimiento y exploración de África desde la antigüedad, y señaladamente de su costa occidental. Luego se estudian los antecedentes del Tratado de El Pardo; las expediciones posesorias españolas; el

período de colonización extranjera en la isla; las nuevas expediciones y la posesión efectiva de la isla desde 1856; el progreso de la obra misional, económica y cultural española; en fin, el desarrollo de la pequeña ciudad de Santa Isabel, uno de los primeros focos de irradiación europea en el Golfo de Guinea.

Los tres últimos capítulos de la obra contienen datos documentales, una extensa bibliografía principalmente española y un complemento fotográfico que avalora el texto escrito.

El autor ha prestado un positivo servicio a la contribución cultural española al conocimiento del África biafrina, mediante este trabajo que durante mucho tiempo será fuente obligada en los que abundan en la materia.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

VIRIATO AUGUSTO TADEU: *Contos de Camazo*.—Agencia Geral das Colonias. Lisboa, 1945.

A pesar del retraso con que este libro ha llegado hasta Madrid, no puede dejar de reseñarse como documento folklórico y demoscópico de primera mano sobre el mundo negro del África occidental guineana. Se trata de una pequeña colección de leyendas y fábulas de la Guinea portuguesa. *Camazo* era el sobrenombre honorífico del negro que dió al autor los textos de los cuentos. Ese negro era un musulmán instruido en las disciplinas islámicas tanto como en las leyendas de su país nativo, que está incluido dentro del área racial y cultural de lo Mandinga. Es decir, dentro de la misma área a la que el alemán Frobenius consagró la mayor parte de sus estudios. Es la zona en que el sentimiento panteísta de las primitivas culturas semibárbaras sudanesas se ha agudizado más hasta adquirir formas semejantes a las de los cuentos arios de la India sánscrita y postsánscrita. Al mismo tiempo ha sido zona de intensa acción musulmana a través de blancos bereberes o semitas, o de mestizos locales de raza fula, songai, hausa, etc., igualmente activos para la guerra y el comercio. Es, por tanto, aquella la zona de fricción y fusión de un mayor número de pueblos africanos de color, razón por la cual su folklora tiene variedad y movilidad excepcionales.

Así se muestra en los cuentos de *Camazo* (o sea en árabe: *Kara-im*, generoso, noble, bienhechor) donde se juntan el bosque y la política, los animales y

los mercaderes, los ritos paganos y los Yaman o mezquitas mono-teístas locales. Esos cuentos son: I, La historia del cocodrilo Samerón, que era hijo adoptivo de una vieja; II, La fábula de los grillos que llevaron volando al lobo; III, La historia de la guerra de los Sominke contra los fulas; IV, La historia de cómo el hombre pariente del león llegó a ser civilizado; V, Los secretos de las diversas clases de hormigas que hay en la selva tropical guineana; VI, La historia de un guerrero raziador que en 1900 fué vencido por los franceses; VII, La historia del conejo Sandiño. A través de todos los cuentos aparece como lazo que los une el orgullo de raza de los mandingas que a lo humano, lo animal y lo vegetal tratan de imponer el sello de su lengua y sus recuerdos imperiales.

Como el pueblo mandinga ha sido el más activo en el África del Níger, al que ellos nombran *Yoliba*, su empeño de estilizarlo todo a su medida tiene valor documental que es el de obligada reseña bibliográfica fría y expositiva. Pero no es posible dejar de percibir, al margen de esa bibliografía, el temblor que le sacude con ritmo de tambores y alaridos, con desfiles de caballos engualdrapados o de bufillos-toros sueitos, el colorido ir y venir de los buñeneros, el rebullir de las tabancas o aldeas de paja y el telón de fondo de los ríos torrenciales, casi sin riberas.

R. G. B.

LOUIS CHEVALIER: *Le problème démographique nord-Africain*.—Institut National d'Études Démographiques, Travaux et Document.—Cahier núm. 6.—Presses Universitaires de France. París, 221 págs. 1947.

El problema que plantea al Norte de África el aumento de su población (13.200.000 de habitantes en 1942, que se puede calcular en 28 millones en 1976) tiene por corolario el de la emigración, en particular hacia la metrópoli donde las estadísticas acusan un descenso pro-

gresivo de la natalidad. La cuestión tiene, por tanto, un doble aspecto indígena y metropolitano que M. Louis Chevalier destaca primordialmente en su obra *Le problème démographique Nord-Africain*. Percatándose, por otra parte, de la diversidad del problema eco-

nómico, rechaza las soluciones generales y estudia aisladamente Argelia, Túnez y Marruecos, ya que considera son mucho mayores las posibilidades de enriquecimiento agrícola en los dos últimos territorios que en el primero.

Insistiendo sobre el lógico fenómeno de la emigración, característico de Argelia y sobre todo de la Kabília, observa que aquélla tiende a recalar en los grandes centros urbanos. Por falta de preparación técnica el emigrante argelino desempeña funciones subalternas con sueldos irrisorios, lo que fomenta la creación de un proletariado indígena miserable, desconectado de su ambiente, presa de las enfermedades y que vive en una promiscuidad propicia a todos los desórdenes. Además, su condición de peones expone a los emigrantes a sufrir los primeros golpes del paro obrero. Como remedio a este estado de cosas, M. Louis Chevalier señala una educación

profesional del presunto emigrante y un incremento del aprendizaje. Llevar a cabo esta reforma, no se le oculta al autor de la obra, supone una lucha contra el medio ambiente inclinado hacia una cultura más literaria que simboliza el prestigio intacto de la Zituna de Túnez y de la Karauyin de Fez. Es decir, que esta reforma roza de lleno la peliaguda cuestión de la asimilación. Sus repercusiones en el dominio religioso, de tanto arraigo entre los musulmanes, dificulta, por tanto, las soluciones inmediatas, aunque M. Chevalier no desconfió de que con el tiempo podrán ser aplicadas.

Obra seria y bien documentada, a su interés intrínseco hay que agregar el que actualmente despierta cuanto se relaciona con esa parte de un mundo musulmán en plena evolución que Francia ha encuadrado en la Unión Francesa.

C. M. E.

LOUIS MÉRAT: *Fictions... et réalités coloniales*.—2.<sup>a</sup> edición, 1 volumen de 184 páginas. Librería del Recueil Sirey. París; 1947.

El hecho de que sea M. Moutet quien prologa una obra dedicada a criticar con razones contundentes la política ultramarina seguida por Francia desde hace cuarenta años, no es la menor paradoja de *Fictions... et réalités coloniales*, de M. Louis Mérat. La otra, no menos digna de retener la atención, es que su autor desempeña el cargo de Secretario general del Ministerio de Ultramar, cargo que le ha sido confiado por el propio M. Moutet. Sin embargo, este colaborador, técnico experimentado de los problemas coloniales, no comparte las ideas de M. Moutet y no se recata, por cierto, para decirlo. Magnífico ejemplo de independencia de criterio entre jefe y subordinado que, por lo demás, se estiman mutuamente.

Con desapasionada lucidez y clarividente objetividad, M. Mérat enjuicia la actuación política de un Ministerio cuyos arrebatos sentimentales e incoherentes tropiezan en él con un crítico ora severo, ora dolorosamente irónico. Pero he aquí que tales desaciertos no se le han pasado por alto a... ¡M. Moutet! Por lo menos, tal reconoce en el prólogo escrito

para la segunda edición de *Fictions... et réalités coloniales* y en el que intenta una justificación de su labor ministerial. Semejante confesión sólo se explica admitiendo con asombro que el entonces Ministro de Ultramar no podía imponer su opinión en su propio Departamento y hubo de limitarse a ser un instrumento más o menos dócil en manos de los equipos gubernamentales. Como sea, las críticas de M. Mérat no pierden un ápice del gran valor que les confiere el que éste sea también socialista, como M. Moutet, aparte de un conocedor profundo y práctico de los asuntos coloniales, circunstancia sobre la que no es ocioso insistir. Precisamente porque M. Mérat se ha enfrentado de modo práctico, directo y vivido con las realidades coloniales, en nombre de esas realidades insoslayables protesta de que se actúe exactamente como si no existieran y de que la política ultramarina de Francia se incline peligrosamente del lado de una abstracción doctrinaria y utópica. Las ideas abstractas son sencillas. La dificultad nace en el preciso momento en que se insertan en la concreta complejidad de la vida.

Pero el equipo de la calle Oudinot no parece conceder importancia a este hecho. De ahí, una política generadora de unas ficciones ideológicas, acaso generosas, desligadas de la realidad, que conducen a los más agrios desengaños, al resentimiento, quizá a la rebelión. Nada significa a este respecto la fórmula «Unión Francesa», de la que opina M. Mérat: «De hecho, el cuadro de la Unión Francesa ya no es más que un biombo cómodo para no despertar las susceptibilidades de la Asamblea, pero este cuadro están dispuestos a desecharlo de acuerdo con las circunstancias y las presunciones de nuestra debilidad.» Que la tarea que Francia ha de realizar sea difícil y árida, M. Mérat no lo ceda, pero «si se considera y es necesario que nuestra presencia sea mantenida en algún sitio, conviene sacar de este propósito las pertinentes consecuencias y obrar de manera a que no aparezca como vacilante y precario». En una palabra, no sólo prometer, sino cumplir y no crear, por ejemplo, «un fondo colonial sin disponibilidades financieras». Otra de las críticas, digna de destacarse por tratarse de un socialista, es que la ola depuradora ha desorganizado los cuadros de la Administración colonial, con olvido del interés superior de Francia en provecho de venganzas persona-

les o partidistas. Así lo dice rotundamente M. Mérat, que no cree necesario señalar ningún partido.

¿Es *Fictions... et réalités coloniales* una obra de pesimismo? En el sentido de absoluto desespere de la palabra, no. M. Mérat cuenta con el tiempo. Quien dice tiempo, dice esperanza, aun cuando el planteamiento actual del problema lo aleja totalmente del optimismo, postura contrapuesta a la de M. Moutet, que no pierde la fe en la construcción de la Unión Francesa de sus sueños. Otro porvenir teme y señala M. Mérat si no se rectifican las normas que actualmente lo determinan lógicamente.

El porvenir dirá cuál de estos dos hombres —M. Moutet o M. Mérat— tenía razón; estos dos hombres de conceptos divergentes que paradójicamente colaboraron en el mismo Ministerio y en la misma obra que, por lo que atañe a M. Mérat, pertenece a la doctrina de la mejor escuela colonial francesa. Lyautey hubiera suscrito muchas de las enjundiosas ideas expuestas en estas páginas, valiente y rebosantes de buen sentido y patriotismo. Pero Lyautey no fue nunca amigo de los políticos. Su ambición fue menos grandiosa: se limitó a ser un gran francés.

C. M. E.

C. R. NIVEN: *Nigeria. Outline of a Colony.*—Nelson & Sons Limited. Londres, 1946. 162 págs.

Esta obra pertenece a una colección de manuales dedicada a presentar a lectores europeos los escenarios coloniales británicos. En este caso, Nigeria, vasta y rica dependencia de gran interés para los españoles, que el autor ha conocido íntimamente a lo largo de veinte años de vida oficial y particular por todos sus rincones y senderos.

El objetivo está logrado, y satisfactoriamente. Hay una cierta tendencia a presentarnos una Arcadia británicoafricana, que no perjudica mucho al valor informativo de la obra, puesto que el relato permite al lector formular por su cuenta juicios en discrepancia con los del autor. Además, el relato está hecho en un lenguaje ameno, salpicado de episo-

dios vividos y sin pretensiones de construir una doctrina donde sólo hay materia para una presentación.

La obra se distribuye en diez capítulos; aparte queda una reducida, pero selecta biografía, varios mapas —muy claros— y un completo índice de términos y nombres.

Los capítulos se dedican sucesivamente a la «introducción» en una Colonia. A la penetración en Nigeria. A los asentamientos y viviendas. A la vida diaria, especialmente indígena. Al pueblo y al país: exhibición de la amalgama de sus componentes. A las creencias y supersticiones indígenas. A los progresos conseguidos. Al sistema administrativo. A la participación nigeriana en la guerra. El

último capítulo, «What then?» (¿Qué, en consecuencia?), es una especie de balance de los sumandos y sustraendos que a lo largo de las páginas del libro ha ido acumulando el autor. Quien logra

enseñar bastante en poco tiempo, pero, a la vez, no convence tanto como enseña.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

WALTER R. MILLER: *Have we failed in Nigeria?* Con un prólogo de A. G. Fraser. United Society for Christian Literature. Londres, 1947, 156 págs.

Aunque los británicos se precian con frecuencia de su sentido de la autocritica, no suelen prodigarla en textos impresos destinados al consumo exterior. La guardan para uso interno, y exportan la propaganda de sus realizaciones, presentadas como éxitos y bondades. Así sucede con la obra colonial británica. Especialmente Nigeria se nos exhibe como un gran éxito, el del *indirect rule*, combinado con la libertad comercial y el fomento material. Los españoles, asomados desde Fernando Poo a la fachada de la enorme posesión inglesa, teníamos algunas interrogantes que oponer a este éxito, ya que muestra calumniada colonización atrae a los braceros nigerianos, y los devuelve en mejores condiciones que las que traen de su paraíso de origen.

De aquí el valor de esta obra, escrito por un médico y misionero de una secta protestante, que ha recorrido y residido largamente en el escenario que estudia. Es una crítica moderada, a la inglesa, de la obra de sus compatriotas durante algo más de medio siglo; pero crítica al fin, entre cuyas mallas se filtran por menores un poco menos brillantes, y de los cuales un observador español saca provecho.

El libro tiene ocho capítulos, y un noveno con las conclusiones de los anteriores. Sus títulos ya dicen bastante: Ocasiones aprovechadas. «Grande es Diana». La quiebra administrativa. Los Tribunales. La Educación. La Iglesia. La Sanidad. Razones para la coerción. A través de ellos el lector se va enterando

de que los colonizadores británicos fueron hombres y no dioses. Y hombres que buscaban —con excepción de los misioneros— el servicio de su país y una razonable ganancia personal. La obra colonizadora es todavía una gota de agua en un océano hostil y salvaje. Y a veces sus fertilizaciones han producido las catastróficas cosechas de los negros exteriormente europeizados, aptos sólo para caricaturizar la demagogia blanca, pero no el sacrificio diario del europeo medio. Esto en el extremo sur, en la costa del país. En el otro, en el desierto, las excelencias del *indirect rule* encubren tiránicas autoocracias de los emires locales, con sus procedimientos semiesclavistas y su dureza hacia los inferiores. Los problemas sanitarios y educativos están abordados, pero no resueltos. Hasta la labor benéfica de las misiones perturba la mente del indígena cuando la concurrencia de varias confesiones y el ardor proselitista de sus representantes pone al nativo en trance de escoger con cierto aturdimiento. En definitiva, los ingleses han hecho en Nigeria lo que podían, dentro de su criterio práctico. No han sido peores —ni mucho menos— que otros europeos colonizadores. Pero de eso a suponerles los artifices de una fórmula mágica para la elevación de los nigerianos, va un abismo. Y es el libro del Reverendo Miller, que se lee con gusto y de prisa, el que presenta ese abismo a quienes quieran contemplarlo.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

DAVID MATHEW: *Ethiopia*.—Eyre & Spottiswodd. Londres, 1947, 247 págs.

No ha intentado Mr. David Mathews escribir la historia completa de un reino cuyo origen se remonta a Menelik, hijo

de Salomón y de la Reina de Saba, según afirma un documento abisinio del siglo XIV. El relato empieza en la época de

iniciación de la influencia portuguesa con la embajada de Pedro de Covilham, en 1482. Sin embargo, sólo en la primera mitad del siglo XVII puede hablarse realmente de una influencia procedente de Portugal —lo que no quiere decir exclusivamente portuguesa, pese al deseo de Mr. David Mathew, de que así se entienda—. Fué aquélla señaladamente misional y permitió esperar que Etiopía entrase en la obediencia de Roma, ó en particular durante el período correspondiente a la presencia en esos territorios del español Fr. Páez. Frustrada esa esperanza con la caída del Emperador Susenyos, Etiopía se repliega sobre sí misma y torna a vivir de espaldas a una Europa que no se cuida de ese país sin proyección alguna sobre sus destinos inmediatos. Ya a finales del siglo XVIII, el inglés Bruce recorre Etiopía, lo que le permite subrayar en el relato de su viaje la importancia que tiene en función de Egipto. El asentamiento de Inglaterra en este territorio, y más tarde la apertura del Canal de Suez, así como el creciente empuje de Italia y Francia en África, agudiza el interés de Gran Bretaña por Etiopía. Mr. David Mathew no trata en su obra de la guerra italoabisinia. Se limita en los últimos capítulos de *Etiopía* a bosquejar la historia de las relaciones del Gobierno de Roma con el

descendiente de Salomón. Por cierto, no oculta que en parte las reivindicaciones italianas, por lo menos a finales del pasado siglo, fueron alentadas en cierto modo por la Gran Bretaña, deseosa de buscar un contrapeso a las pretensiones francesas en el África Oriental.

En relación con la actualidad etíope de 1935 (fecha en que se cierra el libro), Mr. David Mathew está muy cerca de entonar un canto lírico al espíritu «wilsoniano» que halló vivo y eficaz entre la élite de la capital del reino salomónico. Pero, dice, «no es el propósito de este estudio investigar el desarrollo de estas ideas entre la población pastoril y agrícola de las diversas provincias». Por tanto, nos vemos forzados a limitar los progresos culturales y democráticos comprobados de toda Etiopía a su capital. Sin embargo, esto supone un notable avance sobre la época victoriana en que el Gobierno de Su Majestad los tenía por dirigentes medio salvajes».

Estas reservas no menguan el interés de una obra amena dedicada a un país del que tanto se ha hablado y generalmente con desconocimiento de su realidad geográfica, histórica, social y religiosa. En estos últimos aspectos, *Etiopía* está particularmente bien documentada.

C. M. E.

MAURICE BRIAULT: *Les sauvages d'Afrique* (Los salvajes de África).—Prefacio de M. A. Demaison. F. Payot, París, 1943.—1 vol. de 320 págs.

El padre Briault, antiguo misionero en el Gabón, según el título, y en el Muni, según confesión contenida en un capítulo —por tanto, antes de la transferencia de dicha misión a los corazonistas españoles del Vicariato de Santa Isabel—, conoce muy bien al «salvaje» africano, aunque no a todos los tipos de salvajes africanos. Y ha escrito un libro, excelente, dentro del peligro que tiene generalizar conclusiones deducidas de un modelo demasiado localizado. Un libro además de bello sabor literario, sin exceso de empaque científico, y lleno de ilustraciones en las que los dibujos a pluma del autor lo revelan como un gran artista, que ha captado las realidades de los tipos humanos y del medio indígena observados.

El libro tiene en su favor otra ventaja: es simplemente expositivo. Entre dato y dato, el autor realiza opiniones personales o recogidas, y aventura juicios; pero siempre sin perder el hilo de la exposición, ni mucho menos sin sustituirlo por teorías generales. Y para los que no han podido conocer los escenarios y los sujetos retratados por el autor, el libro resulta un buen maestro que en un espacio no exagerado les enseña mucho y amablemente. Es, pues, una obra de divulgación superior, o si se prefiere de iniciación general. Sólo hay un añadido —excelente, aunque limitado— al final: el capítulo de conclusiones en el que se aboga por una colaboración entre misioneros y poderes coloniales, para objetivos convergentes, dada la utilidad de la



labor misional al lado y como factor preciso para la tarea de civilizar que supone toda empresa colonial. En los diecisiete primeros capítulos de la obra se nos presenta al África desconocida, a la de la trata, a la penetrada y a la actual, ya plenamente conocida, repartida y en desarrollo económico. Al «salvaje», tipo atrasado de la evolución humana, producto de circunstancias especiales que en África se dan en grado sumo. Los motivos de su «salvajismo», sus reacciones mentales, entre sí y frente al blanco; su organización familiar y tribal. Su economía, sus necesidades, sus medios de desplazamiento; su rudimentaria y mágica

medicina. Sus supersticiones, sus ideas morales y espirituales; sus sociedades secretas. Sus lenguas y su cultura (?). La vida en tribus y en un pequeño villorrio indígena. La vida al lado de los blancos y de los evolucionados. La mayoría de los mil y mil aspectos de la complicada —en su primitivismo— vida negra, queda fotografiada en este libro, pictórico de amor, de comprensión hacia las personas y las cosas de África. Una buena calidad —no única— del autor, que es ya una garantía sobre la excelencia de su producción.

J. M.<sup>a</sup> C. F.

Émile DEBON, c. s. s. p.: *La nouvelle Politique Coloniale de la France*. (La nueva política colonial de Francia), prefacio del General Leclerc. Flammarion Edit. París, 1945. 1 vol. de 188 págs.

Este libro es obra de un misionero gallo, largo tiempo residente en el Camerún y en A. E. F. No puede decirse que sea un improvisado teórico desconocedor del alma negra, ni de los problemas africanos. Aunque en realidad sólo conoce los de un sector de bantúes y sudaneses, y es peligrosa la generalización de sus conclusiones a grupos y sociedades muy alejadas de las condiciones de los modelos que ha tenido presentes. Con prudencia el libro se limita al Imperio francés, y no a todo él, sino a la parte negra y continental de África. El libro es también un producto de las circunstancias —supuesto común a la gran mayoría de las obras—, y probablemente si el autor lo recibiera lo escribiría de modo diferente. Por lo menos, en sus entusiasmos, hacia la política «nativa» de la U. R. S. S. en las repúblicas turcoárabas e iraníes del Asia Central bolchevique, que tanta admiración le produce a través de los relatos que sobre aquéllas cayeron en sus manos durante la luna de miel de la Francia Libre —creada a orillas del Chad— y el lejano Kremlin.

El autor aborda la evolución de la familia indígena y de la sociedad negra. Le parece conveniente encauzar esta evolución por la educación, la mejora económica y la higiene. La propiedad africana debe distribuirse, a su juicio, en tres sectores: estadual (nacionalizado)

para la gran industria; intermedio a base de cooperativismo —dirigido por blancos— para las medias, e individual o tribal para la pequeña. Es todo un programa de «tercera fuerza» africanista. En cuanto a la organización política, es más cauto, y a vuelta de copiar trozos aïdados de los Gobernadores Eboné y Lapic y de la Conferencia de Brazzaville, se esconde tras de la vaga fórmula de «Organización comunitaria» de la Comunidad francesa. Eso sí: dentro de la unidad del Imperio, y sin querer crear *Dominions*, de color. De la vieja escuela le quedan dos piezas: el empleo y adiestramiento de los jefes, como intermediarios irremplazables, y el progresivo afrancesamiento del estatuto privado, respetando inicialmente sus realidades insoslayables.

Que el autor es un francés, se ve en toda la obra. Que es un colonial, tampoco cuesta trabajo averiguarlo. Que es un misionero, se sabe por las iniciales que acompañan a su nombre y por un tímido capítulo exaltando el valor moral de la religión como instrumento civilizador. Aunque un misionero muy de los tiempos del M. R. P.: «es preferible —dice el libro— cristianizar las instituciones que multiplicar las conversiones», (apre-suradas, añadimos). En otros países impera un criterio misional distinto. Nosotros, respetuosos espectadores, partida-

rios sólo de la difusión de la Verdad Cristiana entre las tinieblas de África, no extrañamos en la divergencia. Ni calificamos por completo el ensayo, útil sin

duda, pero naturalmente superficial y producto de una época de desorientación y transición.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

A. MESSINEO, S. I.: *Giustizia et espansione Coloniale* (Justicia y expansión colonial).—3.<sup>a</sup> edición «La Civiltà Cattolica». Roma, 1945. 1 vol. de 344 págs. 180 liras.

El R. P. Messineo, profesor en la Universidad Católica de Milán, y luego en Roma, publicó la primera edición de este libro en plena efervescencia internacional, cuando su Patria, bajo el régimen mussoliniano, se había apoderado de Etiopía, pero por su intervención en los asuntos europeos al lado de Alemania, veía en peligro sus posesiones africanas. Entonces el libro pudo parecer tímido a los exaltados defensores de la expansión italiana sin reservas. La tercera edición publicada en 1945 puede haber parecido por el contrario empapada de «fascismo» a los que niegan a ciertos pueblos —o a su pueblo— lo que otros más afortunados y rápidos han consumado, para justificar sin prisa y *a posteriori*. A nosotros, no nos parece ni una cosa ni otra. Nos parece un libro bastante filosófico y muy poco colonial. Lleno de precauciones y distingos, que al lector más avezado con el Hecho Colonial que con la escuela tomista le produce una perpetua inseguridad de ánimo, no dejándole tranquilo sobre las últimas y definitivas conclusiones a que llega el autor. Con esta reserva nos parece haber entendido que el R. P. Messineo no cree que la carencia de materias primas *per se* sea motivo suficiente para invadir e incorporar el territorio pletórico de ellas, cuya población no sabe explotarlas. En cambio sí considera legítima la colonización que se base en la asfixia demográfica de un pueblo exuberante dentro de un espacio insuficiente —*volk ohne raum*—, cuando no tiene otras soluciones que la de ocupar tierras vacías de un pueblo primitivo que se niega a

abrir las a la civilización, ya que todos poseen en caso de necesidad vital el derecho de apropiación de los bienes ajenos. Un argumento lleno de condiciones precautorias de tono moral, y que evoca involuntariamente en la mente del lector el *ritornello* de los discursos expansionistas italianos, desde Crispi a De Gasperi, pasando por Gayda, pero que nos guardaremos mucho de rechazar.

El libro tiene un aspecto de singular interés para los españoles: arranca de Vitoria y de Suárez para dar un salto hasta Zaparelli y la escuela cristiano-social francesa. Además de Folliet, la mayoría de los congresistas de la Semana Social de Marsella desfila por las páginas en auxilio de las tesis del autor: Delos, Salange, De la Brière, Cathrice, Valensin, etc. También aparecen —cómo no— Las Casas, Leroy-Beaulieu y hasta los americanos Einstein y Brown.

El índice del libro dará una idea del recorrido que el autor sigue: La anexión territorial en la tradición católica. Necesidad económica y expansión territorial. Derecho de expropiación y derecho de expansión. Propagación de la civilización y expansión colonial. La vida del Estado y el caso de necesidad. Necesidad de orden y derecho de expansión. Extensión y límites del derecho de expansión vital. Emigración y derecho de expansión vital. Conclusiones.

El libro merece, pues, un lugar propio en la no muy abundante literatura sobre el aspecto moral de los móviles de la colonización.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

GENÉRALE GUSTAVO PRESENTI: *La guerra coloniale*.—«Colección Storia dell' Arte militare moderna».—Nicola Zanichelli. Bolonia, 1947.

El título *Guerras coloniales* de este volumen puede inducir a error si se toma en un sentido literal, pues —según con-

vicción de su autor—, para tratar de las guerras coloniales, desde sus orígenes hasta hoy, es un tema que exigiría varios

volúmenes y la vida entera de varios autores. En realidad, la obra del General Gustavo Pesenti constituye la octava de una serie de publicaciones técnicas militares, consagradas a campañas del siglo pasado y del corriente, dedicadas especialmente a campañas coloniales o semi-coloniales africanas. Su mayor interés está en las italianas sobre frentes norte-africanos o etiípicos, para las cuales sus datos tienen en ocasiones valor de fuentes, ya que el autor tomó parte personalmente en todas ellas.

La relación de campañas estudiadas es por orden de capítulos la siguiente: 1.º (Guerras del Imperio británico). Las campañas coloniales en el Sudán. La guerra anglobóer; 2.º (Guerras coloniales de Francia y España). La conquista de Argelia. La ocupación de Marruecos; 3.º (Guerras coloniales de Italia). Primera guerra italoetiípic de 1887-1896. Operaciones militares en Somalia. Conquista de Libia. Conquista de Etiopía.

De todas ellas las más confusamente tratadas, y también las de menos interés para el lector español, son las campañas españolas en Marruecos, que (salvo la «Guerra de Africa» del 1859-1860) se presentan y comentan de paso y de prisa, más como anejos que se ponen junto a la acción francesa para completar un cuadro geográfico histórico norteafricano que como algo dotado de un significado propio, que este autor no ha advertido, por ver sólo en la acción de España el factor militar sin saber que en el caso español hay además factores espirituales

y físicos anteriores a esas campañas, o sea los de los lazos de parentesco hispanomarroquíes, que no existen para Francia, Gran Bretaña o Italia, ni en Argelia ni en Libia ni en Egipto.

Respecto a las demás campañas, aparte de las italianas ya destacadas, se tratan con especial cuidado y gran acopio de datos de la del Sudán angloegipcio contra el Mahdi, y la ocupación del Africa del Sur por Gran Bretaña durante la guerra anglobóer. Todas (lo mismo que las italianas), con diversos gráficos de operaciones y batallas y completadas al final por un índice de nombres propios.

Como teoría y consecuencia de toda la obra, su autor insiste en que la finalidad de las guerras coloniales es o debe ser la acción combinada de la política con las armas, o también la justicia civil apoyada sobre la fuerza de las armas. Así, toda acción colonial tiene dos fases indispensables: la guerra propiamente dicha y la resistencia, con o sin guerrilla, consiguiente a la conquista. La técnica esencial es, pues, más política que guerra, y consiste en reducir la segunda fase al mínimo e incluso eliminarla según el lema «Pacificar siempre —destruir jamás». Siendo el fin último el de llegar a fundir la política colonial con la política exterior en general, o sea quitarle el exotismo, fundiendo también sus problemas con los de la guerra total.

R. C. B.



T E X T O S

